

LA MUJER QUE MUEVE LA BALSA

de Josué Almanza



PRÓLOGO

Un zafiro. Un prisma de muchas caras que
refulge con los colores del océano. Ese
vórtice azul en el que callan las voces del
mundo. Donde se hunden los aventureros.
Y se ahogan los desventurados.

Todos los días el mar se traga a un hombre,
una mujer o un niño que no pudieron
alcanzar la otra orilla. La que los separa del
hambre, de la persecución, de la guerra. La
que los impulsa a improvisar una balsa, a
escondersse en la bodega de un barco o a
arrojarse sin más a lo profundo cuando la
muerte aterra menos que la
desesperación.

Doscientos setenta y dos millones de
migrantes, según un último informe de la
ONU. Doscientos setenta y dos millones
de vidas arrancadas de su tierra y de su
historia. Hacia Europa y América del
Norte, dice el mismo informe, la mayoría.
Doscientos setenta y dos millones
cabalgando sobre el abismo para
sobrevivir en algún rincón incierto. Quizá
menos hostil, tal vez tan inseguro como el
que dejaron.

¿Quién mueve la balsa que cruza los
mares? ¿Quién comercia, por codicia o
ausencia de otro horizonte, con la
necesidad de los desterrados?



Josué Almanza busca en su obra una respuesta posible, y se adentra en los márgenes más inhóspitos para descubrir un universo de “carontas”, esas mujeres “que venden vidas al mar o a los desiertos”, las que “a cambio de unas monedas, te ofrecen la entrada al primer mundo”. Al arrebatarnos del anonimato, Josué nos obliga a mirar la cara más sórdida de la migración clandestina, y a escuchar el dolor brutal que las empuja. Pero su gesto no es el del fotógrafo que captura lo invisible. Sabe bien que esas imágenes no bastan. Que bien enmarcadas y expuestas en una galería reingresan al sistema como objeto de consumo, mientras quienes las inspiraron continúan sufriendo el mismo horror que denuncian. A través de una doble y certera operación dramática, Josué muestra el rostro de lo oculto y a la vez pone en acto, en el plano ficcional, las consecuencias de esa revelación. Descubrir la identidad de las “carontas” puede llevar a la fama a su fotografía y a la cárcel y la perdición a las protagonistas del retrato. En la apuesta radical de la escritura desnuda el mecanismo de la perpetuación capitalista: otras balseras ocuparán el lugar de las excluidas, y seguirán arriando nuevas mareas de emigrados.

Empecinadamente audaz e insumiso, el teatro de Josué Almanza perturba y sorprende. Sus criaturas hablan lo indecible del malestar contemporáneo. Y encuentran, en cada uno de sus textos, el lenguaje propicio para expresarse. Siempre original y diverso. Novedoso y múltiple. Y, sin embargo, el único posible para la singularidad de sus mundos. Porque en su teatro es posible verificar aquella reflexión de Beckett a propósito de Proust: “la forma es la concreción del contenido, la revelación de un universo”. En La mujer que mueve la balsa, navega desde Libia hasta España, desde Serbia hasta las costas de América, se adentra en la selva para alcanzar la frontera y termina en un Museo de Arte Contemporáneo en México. No necesita más que una pequeña piedra para enlazar todos los destinos. Un zafiro del color del océano. Ese lecho azul que a veces es puente y a menudo mortaja de los millones de desplazados de la tierra.

Patricia Zangaro
Dramaturga



PERSONAJES

Ana / Boyka

Damodar

Rosemary

~~Madre~~ Mujer que cocina

Mario, la basura UNICEF

Ms. Cala Maalouf

La Mati

Brayan

Madre de Rosemary

Lucía

Señora

Niño ciego

Niño alienígena

Niño zapatero

Mujer libanesa

Mujer nigeriana

Hombre etiope

I. EL MAR TIENE RABIA

Hay imágenes que no se olvidan.
Ella, bocabajo, sobre el agua.
El mar fue gentil con su cuerpo.
Como no lo fueron ellos.
Nosotros.
Sólo me hubiera gustado saber quién era ella.
Lo único que tengo claro es quién soy yo.
La que no ~~pude~~ quiso hacer nada.
Ella es ahora un caballo de mar.
Un hipocampo de poemas homéricos.
Poseidón le ha cedido su trono a la mujer migrante.
El mar tiene rabia.

II. LA QUE TIENE MIEDO A LA BATALLA

BOYKA:

Esta es una cámara Leica, similar a aquella que Dorothea Lange utilizó para retratar a una mujer refugiada en Nipomo durante la Gran Depresión en Estados Unidos. Mi primera fotografía fue tomada con esta cámara, un obsequio de mi padrastro. Aún la recuerdo, fue una fotografía de mi abuela, sentada, mirando por la ventana, en la ex Yugoslavia. Mi familia es bosnia nativa de la ciudad de Zvornik, pero en el año de 1992, cuando yo sólo tenía cuatro, fuimos obligados a huir a Srebrenica a la zona segura. Habían construido un campo de refugiados gigantesco: Potočari. Fue la primera vez que me sentí de ninguna parte. A la fecha creo que mi padrastro, Laszlo, tenía una intuición influenciada por los mismos astros. No sé cómo era capaz de leer la luna, los cometas; simplemente era capaz de predecir. Por eso mi nombre tiene tanto sentido para mí porque él, el agorero, lo escogió: Boyka, la que tiene miedo a la batalla.

III. ENCUENTRO CON EL PRIMER NIÑO CIEGO

BOYKA:

Mis encuentros con los niños ciegos, así es como me gusta llamar a estos capítulos en mi vida. En total fueron tres. Años más tarde en la clase de literatura griega en la universidad aprendería que la ceguera se relacionaba con la premonición y con la adivinanza. Por ello, mis encuentros con estos niños se quedaron tan grabados en mi memoria.

El primero de los encuentros ocurrió previo a la masacre que sería perpetrada en la ciudad en la que me refugiaba con mi familia. Laszlo había tenido uno de esos golpes de intuición y le había pedido a mi madre que empacara todo. En realidad no había mucho que empacar, todo permanecía en las maletas. La ropa, el calzado, absolutamente todo con un fuerte aroma a humedad. Yo era pequeña y no entendía nada. Buscaríamos asilo en alguna ciudad segura. No eran en realidad muchas las opciones, pero todas implicaban cruzar alguna frontera. Nos precipitamos a partir. Excepto mi abuela, ella no se movió, sólo tenía el pensamiento en sus dos hijos que se habían ido a hacer servicio militar. Ella temía que sobrevivieran y no hubiera madre para espantar los fantasmas de la guerra cuando ellos regresaran. Se quedó. Y yo tomé la fotografía de ella. Después de eso Laszlo escondió mi cámara por temor a que nos consideraran espías. Me arrepentí de no haber berreado hasta conseguir que me la devolviera.

Caminamos a los límites de la ciudad y en el trayecto conocí al primer niño ciego.

—Boyka, quédate aquí —me dijo mi madre mientras nos encontrábamos en la larga fila de migrantes que intentaban cruzar. Aunque tomaba a Laszlo del pantalón, sentía miedo a la inmensidad de la raza humana. No había distinciones, todos éramos miserables. Escuché una voz. Al voltear me percaté de la presencia de un niño cuyos ojos eran del color del café granulado. Recuerdo su boca, seca, áspera. Y las hormigas andando por su lengua.

NIÑO CIEGO:

Te perderás. Serás otra niña huérfana, así es como lograrás cruzar.

Te ayudarán los hombres viajeros, pero sentirás miedo, sentirás el peor dolor que has sentido tú, una niña de seis años.

Serás mis ojos, serás los ojos de todos nosotros.

Y de pronto la multitud comenzó a agitarse. Ya no tenía a Laszlo a mi lado. Grité. Grité. El niño ciego gritó conmigo. Un hombre me levantó de la cintura al cielo. Entonces pude verlos, a todos, eran demasiados, agolpados. Todos los hombres y mujeres que buscaban cruzar. Y yo sólo una niña arrojada a la pila de bocas saladas y hormigas. Mis padres no se veían por ninguna parte. El hombre comenzó a gritar: ¡Hay una niña perdida, hay una niña perdida! Y otra voz replicaba: ¡Hay niños perdidos!

Ese fue el comienzo. La organización internacional nos tomó como refugiados. Así logré cruzar al otro lado. Sola. Años más tarde supe que el campo de refugiados que dejé atrás había sido sitiado y después exterminado generando una de las más grandes masacres de la historia. Las fuerzas de la ONU, los cascos azules, abandonaron a la gente, la dejaron a merced de las balas.

IV. EL SILENCIO

BOYKA:

Mi niñez transcurrió entre campos de la Amnistía Internacional. Todos eran prácticamente lo mismo, lo único que cambiaba era el idioma en el que pedías pan, agua, cobija, pastilla para la diarrea. Y cada vez que era interrogada por los oficiales de búsqueda, mi nombre cambiaba. Boyka — Baika — Anika — Anita — Ana. Ana, esa era mi nueva yo, la que ellos eligieron que fuera producto de confusiones de lenguas extranjeras y burocracias de pesadilla. Ana. Mi última estancia fue en un refugio atendido por enfermeras españolas. Ana. Pero nunca olvidé mi verdadero nombre. Lo guardé, lo hice mudo en alguna parte de mi boca, pero lo guardé, esperando ser pronunciado. Mis padres sobrevivieron a la masacre, pero nunca lograron cruzar. En realidad, no lo intentaron más. Al no encontrarme en los registros de niños perdidos, terminaron asumiendo mi muerte. Laszlo sabía que estaba viva, lo intuía, pero eso no ayudaría a mi madre a sanar. Así que hizo un voto de silencio. El silencio. ¿Es el verdadero culpable de no haber vuelto a ver a mis padres en vida? Yo sin decir mi verdadero nombre, él sin pronunciarme viva.

V. EL LEÓN NEGRO

BOYKA:

El castellano se convirtió en mi lengua adoptiva y eso determinó que fuera transferida a las instalaciones de una fundación de la UNICEF con sede en la ciudad de Málaga. Llevaba en los huesos el frío balcánico, mismo que se vio confrontado por el abrasivo calor del Mediterráneo. Ahí conocí a Damodar. Él y la mujer que cocinaba eran migrantes sudaneses que habían atravesado Libia y Argelia en busca del sueño europeo. Damodar, años mayor que yo, había sudado su miedo en el desierto.

DAMODAR:

Estás sudando el miedo, una vez que tu cuerpo esté tibio, no dolerá más.

ANA:

Tus dientes son muy blancos.

DAMODAR:

Es porque mi piel es muy negra. Mi tribu deambula.

ANA:

¿Qué quieres decir?

DAMODAR:

¿Alguna vez has visto a un león negro?

ANA:

No.

DAMODAR:

Hace muchos años, los primeros hombres vinieron al mundo, pero Kahrusi –el dios del desierto– les prohibió cazar al león negro. La advertencia no hizo sino despertar la codicia de los hombres que querían convertirse en noche, ser oscuridad portando la piel del león. Lo persiguieron. Y finalmente lo mataron.

ANA:
¿Y qué pasó?

DAMODAR:
La noche cayó encima, por generaciones.
La noche no se lava y el error no se olvida.

BOYKA:
Cuando escuché por primera vez esa historia me pareció una linda metáfora. La ingenuidad de una niña y de toda una raza. Damodar había leído aquel mito en un libro que distribuían entre la comunidad africana migrante con el pretexto de preservar su origen y sus raíces. En realidad, era una sucia estrategia de la derecha fascista. El cuento sólo les enseñaba a los negros a ser eso: merecedores de la injusticia, un pueblo destinado a padecer por su injuria. Yo, por mi parte, conservé la imagen del león negro. Damodar se convertiría en mi noche. Porque la noche es un frágil paradigma. Tan calma y enigmática. Tan furiosa y necesaria.

VI. EL ZAFIRO —————

~~MADRE~~ LA MUJER QUE COCINA:
Jugaremos un juego, Damodar.

DAMODAR:
No quiero.

~~MADRE~~ LA MUJER QUE COCINA:
Este juego tiene su recompensa.

DAMODAR:
¿Qué ganaré?

~~MADRE~~ LA MUJER QUE COCINA:
Un zafiro.

DAMODAR:

¿De verdad?

~~MADRE~~ LA MUJER QUE COCINA:

Primero tienes que jugar.

DAMODAR:

¿Qué debo hacer?

~~MADRE~~ LA MUJER QUE COCINA:

Es simple. Tienes que guardar un secreto.

DAMODAR:

¿Un secreto? ¿Sólo eso?

~~MADRE~~ LA MUJER QUE COCINA:

¿Crees que es fácil?

DAMODAR:

Claro. ¿Cuál es el secreto?

~~MADRE~~ LA MUJER QUE COCINA:

Promételo, lo único que tienes que hacer es nunca decirlo.

DAMODAR:

Nunca es mucho tiempo.

~~MADRE~~ LA MUJER QUE COCINA:

Es mucho lo que vale un zafiro.

DAMODAR:

Mi ~~madre~~ La mujer que cocina se acercó y me susurró en mi oído. NADIE TIENE QUE SABER ESTO: ~~QUE SOY TU MADRE~~. NO PUEDES DECIRLO NUNCA. Aunque me pareció extraño porque sabía que ella no poseía ningún zafiro, sostuve el juego como los adolescentes que juegan a ser los cachorros

de los padres envejeciendo. Cualquiera puede guardar un secreto y más de tal simpleza. Todos sabían que aquella mujer era ~~mi madre~~ la mujer que cocina, ¿por qué era importante para ella ocultarlo? ¿de quién? Guardé el secreto el primer año con determinación y he de confesar que me despertó la fantasía de algún día ser millonario. La riqueza de un zafiro solucionaría una vida llena de ausencias. Ojalá no fuera un juego, pensaba. Cuatro años después, casi había olvidado la promesa. En realidad, no había sido difícil guardar el secreto. Prácticamente nunca salíamos de la fundación y nadie preguntaba por el origen o los lazos de nadie. Era claro que todos en ese lugar éramos nada. Yo era sólo Damodar y ella sólo la mujer que cocina ~~mi madre~~.

Una tarde mientras ambos hacíamos las compras de la semana, me distancié para buscar un saco de harina. Tardé más de lo debido. El tiempo que permanecíamos fuera de la fundación era estricto y limitado. A mi vuelta, dos agentes de repatriación de ilegales habían sorprendido a ~~mi madre~~ a la mujer que cocina. Tuve el impulso de ir a ayudarla, pero frené. La promesa cobró sentido. Todos esos años ~~mi madre~~ la mujer que cocina había sido cautelosa para no exponer su situación migratoria. La vi por última vez siendo transportada como una criminal. Y yo callé. Perdí la mitad de lo que me importaba en el mundo, pero había ganado un zafiro.

VII. LA BASURA UNICEF

MARIO, LA BASURA UNICEF:

Debes entender que no puedo contratarte aquí. No eres aún mayor de edad.

Lamento mucho lo que le ha sucedido a ella. El proceso legal es solicitar una orden de repatriación para ti, para ir con ella. Debes comprender que tu situación es compleja. Los problemas diplomáticos con tu país no te otorgan la protección como refugiado. Estas en un limbo. ¿Entiendes?

Perdón, ¿hablas español?

DAMODAR:

Hace mucho calor.

MARIO, LA BASURA UNICEF:

¿Qué? Sí, sí, hace mucho calor, pero no estás comprendiendo lo que te digo.

DAMODAR:

Hace mucho calor y casi nadie resiste trabajar bajo el sol. Yo sí.

MARIO, LA BASURA UNICEF:

No puedo contratarte. ¿Cuántos tienes? ¿Quince?

DAMODAR:

Tengo un zafiro.

MARIO, LA BASURA UNICEF:

¿Qué?

DAMODAR:

Un zafiro, una piedra preciosa.

MARIO, LA BASURA UNICEF:

Sé lo que es un zafiro. ¿Por qué me mientes?

DAMODAR:

~~Mi madre~~ La mujer que cocina lo dejó en este lugar.
Lo trajo de nuestro país. Lo encontró mientras trabajaba en Nigeria.
Lo escondió todo este tiempo, incluso de mí.
Prometió que me lo daría cuando fuera mayor de edad.

MARIO, LA BASURA UNICEF:

No te creo y ahora además has perdido mi confianza.
Quería ayudarte, pero tu actitud es nefasta.
¿Qué se supone que haga contigo?

DAMODAR:

Le prometo que lo encontraré.

MARIO, LA BASURA UNICEF:

Si fuera cierto, yo podría buscarlo sin ti, no me serías necesario.
Has cometido un error terrible. ¿Creíste que podrías sobornarme?
Esta fundación se concibe bajo valores éticos. No buscamos enriquecernos.

Me entristece que después de la ayuda que has
recibido promuevas este tipo de acciones deshonestas.

DAMODAR:

El director salió y me dejó encerrado en esa oficina. De inmediato se dirigió a las cocinas de la fundación y ordenó al personal que buscaran un objeto que le había sido robado al embajador de los Países Bajos. Y a quien encontrara el objeto, el embajador le ofrecía “una recompensa diplomática generosa”. Por supuesto era una mentira, pero todos se pusieron a buscar de inmediato. Abrieron los costales, vaciaron las cajas, buscaron al fondo de los refrigeradores. Para Mario era casi una obviedad que una cocinera hubiera guardado su tesoro en algún espacio al que ella tenía acceso.

MARIO, LA BASURA UNICEF:

Tengo a una mujer golpeada, varias peleas entre cocineros y muchos
objetos que no son, por supuesto, un zafiro. ¿No te siente culpable?
Te estás burlando de todos nosotros. ¿Qué tienes que decir al respecto?

DAMODAR:

Lamento las riñas. Entiendo que todos se vuelvan locos
por una piedra preciosa. Es mucho dinero.

MARIO, LA BASURA UNICEF:

Yo no les he dicho que estoy buscando un zafiro,
pero por lo visto en este lugar no hay paredes sin oídos.
Este rumor está generando demasiado caos.
Todos saben lo que esa piedra vale. Esperan ser aquel afortunado.
Revisan letrinas, dormitorios, tiendas de vacunación, cada rincón.
¿Ves lo que has provocado?

DAMODAR:

Antes de que continúe, permítame disculparme. Lo acontecido aquí me ha
hecho pensar bien las cosas y deseo ser repatriado. Encontrar un zafiro sólo

traerá problemas dentro del campo. Es mejor que nadie lo encuentre nunca.

Por favor, contacte con la Oficina de Migración.

Deseo que me regreses al lado de ~~mi madre~~ la mujer que cocina.

MARIO, LA BASURA UNICEF:

No te apresures. Todo este alboroto te ha salvado la vida.

He decidido contratarte. No legalmente, por supuesto.

Podrías trabajar dentro del campo y servir a la fundación.

DAMODAR:

Creí que esa no era una opción. Tal vez ~~mi madre~~ la mujer que cocina me

mintió y ni siquiera existe un zafiro, he sido tan ingenuo.

MARIO, LA BASURA UNICEF:

Nunca hay que dudar de la mujer que cocina. Vete.

Puedes irte a hacer tus nuevas labores.

Si alguien te pregunta, no existe ese tal zafiro.

Y, por cierto, no ganarás dinero alguno por tu trabajo aquí, puedes quedarte,

pero no olvides que eres menor de edad y es ilegal pagarte, tendrás un

estatus falso, algo así como un voluntario.

Pero que quede entre nosotros, por favor.

No tengas miedo, soy tu aliado.

DAMODAR:

Había jugado mis cartas y había salido bien. Los primeros días después del alboroto todos en el campo de refugiados me hostigaron con preguntas o me violentaron con el objetivo de saber el paradero del zafiro, pero mi silencio les hizo desistir y olvidarlo. Fui siempre el mentiroso Damodar para ellos. Sólo una persona nunca le dio importancia, nunca hizo referencia alguna o me intimidó: Ana. Así lo descubrí, ella era quien escondía el zafiro de ~~mi madre~~ la mujer que cocina.

VIII. FOTOGRAFÍA DE AUSENCIA

BOYKA:

El tiempo transcurrió en aquel recinto a ritmo lento. Las personas cambiaban, se iban. Yo cumplí los trece y mi posibilidad de lograr una adopción se esfumó, como la de la mayoría de los niños, hijos de la guerra.

DAMODAR:

Ana, te mostraré algo. Encontré esta cámara.
Me contaste que sabías sacar fotografías, ¿no?
Creo que es de uno de los voluntarios.

ANA:

Mi cámara era diferente.

DAMODAR:

Inténtalo.

ANA:

Puedo descomponerla.

DAMODAR:

Hazlo. Has visto cómo la utilizan.
Tómame una fotografía, nadie nunca me ha tomado una.

ANA:

Colócate en el fondo.

DAMODAR:

¿Aquí?

ANA:

Ahora cierra los ojos. Vas a inhalar profundo y vas a pensar en lo primero
que se te venga a la mente, y una vez que lo has pensado bien,
sólo abrirás los ojos y mirarás al lente.

DAMODAR:

Estoy listo.

ANA:

Ahora.

BOYKA:

No sé si fue él o fue la fotografía. Si la fotografía me hizo amarlo o él me hizo amarla. Siempre deseé haber podido conservar aquel negativo, pero tuvimos que regresar la cámara y nunca pude ver aquella imagen. Creo que Damodar pensó en la ausencia, y la ausencia quedó plasmada en aquella fotografía, y la fotografía cumplió el círculo trágico jamás llegando a mis manos.

Damodar me enseñó a besar, a tocar las cicatrices de un cuerpo herido. Ambos éramos huérfanos del silencio. Hacíamos el amor y veíamos algún álbum de fotografías cada que él podía sustraerlo de alguna de las tiendas de los voluntarios extranjeros. Hice del león negro mi delirio y él hizo de mis trece años una virginidad corrompida con sutil tacto.

ANA:

Tengo que contarte algo. Es algo que no le he contado a nadie.

DAMODAR:

Soy bueno guardando secretos.

BOYKA:

Él se convirtió en la única persona que supo mi pasado, mi verdadero nombre. Y me enseñó a construirme. Me convenció de que la vida nos conduce por caminos inciertos y nos hace migrar de territorios así que por qué no migrar de cuerpos y de nombres: Ana. Antes de cumplir la mayoría de edad, la fundación me propuso enviarme a la universidad como parte de un programa de proyección para niños refugiados a los Estados Unidos. Me avergonzaba ser su cuota de guerra en aquel país que recién había encabezado la primera intervención de la OTAN en Yugoslavia. Pero, sobre todo, significaba sacrificar al león negro.

DAMODAR:

He guardado tus secretos, Ana, he guardado tu verdadero nombre.
Pronto te irás, no hay remedio. ¿No tienes algo más que decirme?

ANA:

Te he contado todo.

DAMODAR:

¿Estás segura de que no tienes algo que me pertenece?

ANA:

Sí: tus pensamientos, tu cuerpo, tu semen. Me gustaría tener un hijo tuyo.

DAMODAR:

No digas tonterías, no estoy jugando.

ANA:

Yo tampoco. Estando en América esa criatura nacerá y
entonces será más fácil para ti llegar a mí.

DAMODAR:

Traer a un ser a este mundo es el acto más egoísta.

ANA:

¿No ha sido la vida lo suficiente egoísta con nosotros? Merecemos que nos
recompense. Te amo, Damodar. Eres mayor de edad y puedes salir de este
campo. Tan pronto llegue a América embarazada, me buscarás.
Es el mejor futuro que podemos dibujarnos.

DAMODAR:

Siento que no te reconozco.

ANA:

Soy yo, Ana. La única que te ama. La que es capaz de hacer todo por ti.

DAMODAR:

Tú sabes cómo puedo ser libre. Tú tienes mi libertad escondida. Dámela, por favor.

ANA:

Eso que tú crees es una fantasía, Damodar.
Pero sí te haré libre, lo prometo. Te quiero libre.

BOYKA:

Así lo hice. Encontré la manera de anular la deuda tácita de Damodar. En la visita de un delegado internacional, acusé a Mario —la basura de Unicef— de haberme acosado sexualmente. No es que él nunca lo hubiera hecho, él era un parásito, pero las agresiones a las mujeres ocurrían en todos los rincones de ese campo. Por fortuna, UNICEF tiene protocolos para este tipo de casos: silenciarlos. A Mario lo transfirieron a otro refugio en India, allí era menos probable que si cometía algún delito lo denunciaran y se armara un escándalo. Así que Damodar era libre de salir y buscar refugio en cualquier país que lo aceptara. Con lo que no conté es con que también aceleraron mi transferencia a los Estados Unidos para protegerme y evitar que declarara algo y se pudrieran más las aguas. El día que partí, Damodar no se apareció para despedirse. En ese momento comenzaría la reconquista paulatina de mi verdadero nombre, Boyka, nombre que me definiría como fotógrafa años después. Ana y Boyka, una dualidad. Pero Ana era un nombre que sólo tenía sentido si Damodar me pronunciaba. Boyka para él, Ana para los otros. Empecé mi viaje. Y dentro de mí, conmigo, viajé con un zafiro, pequeño y silencioso como una promesa.

IX. ENCUENTRO CON EL SEGUNDO NIÑO CIEGO —————

BOYKA:

Llegué a Massachusetts para integrarme a un programa de jóvenes refugiados de Oriente Medio. Me colocaron ahí porque sólo habían pasado unos meses de la desintegración de Yugoslavia y, por consiguiente, yo no existía, no tenía nacionalidad. Además, el ataque a las Torre Gemelas había dejado como

secuela que cualquier refugiado, sin importar de dónde viniera, fuera considerado un potencial terrorista. Todos éramos Oriente Medio.

No fue difícil adaptarme, aunque Norteamérica era la misma Babel. Estudié la *high school* con el programa de regularización intensivo y conseguí una beca para estudiar fotografía con Ms. Cala Maalouf, una activista fotógrafa que retrataba refugiados en escenarios surrealistas que ella diseñaba y montaba.

MS. CALA MAALOUF:

Así será la toma. Te colocarás al lado de ese niño y estarán en medio de la multitud que saldrá y abordará el tren. Ambos usarán estas máscaras.

ANA:

¿Qué son exactamente?

MS. CALA MAALOUF:

Máscaras de alienígena.

ANA:

¿Puedo hacerle una pregunta, Ms. Maalouf?

MS. CALA MAALOUF:

Mi fotografía no tiene sentido. Lo sé. ¿Quieres saber por qué?

Nos han quitado todo. Nos han despojado de nuestra tierra, de nuestra familia, de nuestras cosas, incluso de nuestra memoria y nuestros cuerpos.

Por lo tanto, no somos humanos.

Y si no somos humanos, podemos ser lo que sea.

ANA:

Entiendo.

MS. CALA MAALOUF:

Sigue sin tener sentido, no importa, sé lo que quieras mientras buscas tu respuesta. Ahora ponte la máscara, aquí viene el siguiente tren.

BOYKA:

Me dirigí a mi posición, me puse la máscara y esperé al lado del niño alienígena a que el tren llegara.

NIÑO ALIENÍGENA:

¿Por qué mataste al león?

ANA:

¿Disculpa?

NIÑO ALIENÍGENA:

¿Por qué lo mataste?

ANA:

No sé de qué hablas.

NIÑO ALIENÍGENA:

El león era la bestia mansa de Shu, le pertenece a Shu,
y ahora estás en deuda con Shu y sus puntos cardinales.
Al Norte, al Sur, al Oriente y al Poniente le rendirás servicio
y a cambio te darán su dolor y su gracia.

ANA:

No sé de qué me hablas.

MS. CALA MAALOUF:

Prevenidos, viene la gente.

BOYKA:

El tren llegó y la gente comenzó a agolparse en la estación. Aquellas palabras resonaron en mí como lo que eran, una profecía, un designio trágico en la *downtown crossing* del subterráneo de Boston.

MS. CALA MAALOUF:

La fotografía ha quedado magnífica. Te encantará.

ANA:

Ms. Maalouf, ¿quién es el niño?

MS. CALA MAALOUF:

Ah, Fadil. Es un refugiado egipcio.
Su madre es una ambientalista que se opuso al gobierno de Mubarak
y el proyecto de explotación agrícola del Nilo.

ANA:

Es especial.

MS. CALA MAALOUF:

Ni lo digas, él mismo cuenta que en una caminata en el desierto encontró
a un dios en forma de dos serpientes copulando y por atreverse a
interrumpir, cada una le sacó un ojo.

NIÑO ALIENÍGENA:

¡Pronto será primavera en Egipto!

MS. CALA MAALOUF:

¿Lo ves? Ahora se cree un oráculo.

ANA:

¿Vive en algún campo para refugiados aquí?

MS. CALA MAALOUF:

A veces la diferencia entre ser un refugiado y un prisionero es muy frágil.
Él no está aquí porque América sea misericordiosa,
él está aquí porque su madre es una carnada,
un arma política. Igual que tú.

BOYKA:

El bombardeo a mi cabeza ese día fue doble. Nunca en mi vida tuve un golpe
de realidad más frío que aquel. Sí, ¿quién era yo? ¿Una joven refugiada o una
exyugoslava prisionera en el país que pone precio a cada cabeza en el mundo?
Ms. Cala Maalouf entonces me obsequió una de sus viejas cámaras. Una

Nikon. Y yo en ese momento decidí que era momento de partir, mientras otro tren arribaba a la estación y Fadil, mi segundo niño ciego, gritaba: “pronto será primavera en Egipto”.

X. LA MUJER Y EL MAR

DAMODAR:

A la partida de Mario, teniendo estatus de ilegal y siendo mayor de edad, prácticamente fui expulsado del campo. Los varones jóvenes somos potenciales violadores adentro y potenciales soldados afuera, así que, entre ambas opciones, les era más funcional afuera. Llegué a un puerto en una ciudad pesquera y pude trabajar descargando moluscos y pulpos. Es el único trabajo inmediato al que puede acceder un ilegal africano. Estando ahí vi venir y partir a cientos de buques y vi a cientos de personas esconderse en los cargamentos para irse a América. Yo quise lo mismo.

MUJER LIBANESA:

500 euros.

DAMODAR:

No puedo pagar eso.

MUJER LIBANESA:

Entonces no tienes boleto para las Américas.

DAMODAR:

Tengo sólo 250.

MUJER LIBANESA:

¿Y qué quieres? ¿Qué te parta a la mitad? Largo. No me quites el tiempo.

DAMODAR:

No me deje así.

MUJER NIGERIANA:

Escuché lo que hablabas con la otra mujer. Tal vez pueda ayudarte.

DAMODAR:

¿Puede meterme en un *container*?

MUJER NIGERIANA:

Sí.

DAMODAR:

¿Tiene contactos?

MUJER NIGERIANA:

Uno.

DAMODAR:

¿Cuánto pide?

MUJER NIGERIANA:

Que lleves a mi hija. Yo no puedo viajar, estoy desahuciada. Moriré en el
viaje.

Y no puedo dejar que ella vaya sola. La violarán si no hay alguien que la
proteja.

DAMODAR:

No, no puedo.

MUJER NIGERIANA:

No tienes dinero. ¿Cómo harás entonces?

DAMODAR:

La mujer tenía razón. Acepté y esa misma noche nos encontramos en un muelle paralelo al puerto principal. Sin dinero, la única forma de llegar al barco era por el agua. En el muelle un hombre con una balsa nos esperaba.

MUJER NIGERIANA:

Esto se hundirá antes de que lleguemos al barco.

HOMBRE:

Por eso ustedes deben ir recostados, completamente inmóviles.
Y otro debe empujar.

MUJER NIGERIANA:

Creí que usted nos llevaría.

HOMBRE:

Hay más policías de lo habitual, es lo que tengo.
¿Lo toman o lo dejan? El buque parte en 30 minutos.

MUJER NIGERIANA:

Lo tomamos. Yo los empujaré.

DAMODAR:

La niña y yo nos recostamos sobre la balsa y la mujer se introdujo en el agua. Poco a poco fue empujándonos con su cuerpo. El peso era apenas el justo, así que la mitad de nuestros cuerpos quedaba sumergida y la otra mitad afuera, mirando el cielo sin estrellas. Mientras aquella mujer nos empujaba con su débil cuerpo bajo el agua, pensé en ~~mi madre~~ la mujer que cocina, quien hubiera hecho el mismo sacrificio. E imaginé a todas las mujeres que cocinan y a todas las mujeres que mueven la balsa en el mundo, quedándose sin aire y muriendo poco a poco con tal de ofrecer una bocanada de vida a otros. Cuando llegamos al buque, el contacto que había comprado la mujer lanzó unas cuerdas desde la popa. Así pudimos escalar y entrar. No hubo despedida y no permití que la niña se asomara a mirar a su madre. Era mejor la duda que la certeza de encontrar un cadáver flotando en el mar.

XI. ROSEMARY

HOMBRE ETIOPE:

ye'ānite newi? ¡Melisi! ye'ānite newi?

DAMODAR:

No entiendo.

ROSEMERY:

āwo ye'isu newi. Ya lárgate.

DAMODAR:

¿Qué quería?

ROSEMERY:

Te preguntaba si la niña es tuya. Todos los hombres aquí buscan una mujer para llegar a América. Yo ya estoy vieja para ellos, pero ella está joven, ideal para procrear. No te dejes intimidar, tendrás que defender a tu mujer.

DAMODAR:

No es mi mujer.

ROSEMERY:

No importa. ¿Sabes que les mutilan el clítoris a las mujeres? Defiéndela.

DAMODAR:

De acuerdo.

ROSEMERY:

¿Cómo te llamas?

DAMODAR:

Damodar.

ROSEMERY:

Soy Rosemery.

DAMODAR:

¿Cubana?

ROSEMERY:

Dominicana, mi amor.

DAMODAR:

Creo que vas en el sentido contrario.

ROSEMERY:

Aquí me buscan, tigre. Mejor regresar que terminar en la cárcel.
Pero no tengas miedo, no soy una criminal. A ellos les encanta que las
mujeres seamos putas y las culpables de todo.

DAMODAR:

¿Por qué viniste a España? ¿Por qué no intentaste mejor llegar a América?

ROSEMERY:

Primero, no sé por qué insisten en llamarle América a los Estados Unidos,
América es todo el continente, mi amor, desde abajo hasta la punta de
arriba. Segundo, lo intenté varias veces, pero me cansé. Es que es
imposible. Desde el avionazo en las torres esas, en serio, es imposible
entrar. Por eso crucé el Atlántico y mírame, ahora voy de regreso.
Así es el destino a veces, probaré suerte en el sur.

DAMODAR:

¿Qué hay en el sur?

ROSEMERY:

Estos ojos que tengo yo seguro no los hay.
Tengo una amiga que trabaja en un putero en Cartagena.
Iré ahí para empezar.

DAMODAR:

Pero llegar desde Estados Unidos será difícil, ¿no?

ROSEMERY:

¿Pues qué buque tú abordaste?
Este barco no va para Estados Unidos, tigre, va para Colombia.

DAMODAR:

¿Qué? Me engañaron.

ROSEMERY:

No, a la niña no le eches la culpa. Mírala, pobre, aterrada, ni español habla.
Mira el lado positivo, en Colombia puedes irte a los campos,
si te animas a trabajar en la amapola, te pagas una casa en un año.
¿Ves? No es tan malo. Cásate con la niña y hazte una vida.

DAMODAR:

Tengo que llegar a Estados Unidos.

ROSEMERY:

Bueno, puedes intentarlo. Yo te digo por dónde no intentarlo, ya tú te
encargarás de descubrir el resto. Supongo no tienen a dónde llegar.
Pueden quedarse conmigo.

DAMODAR:

No traemos dinero.

ROSEMERY:

Lo sé, si tuvieras, entre todos en este *container* ya te lo habríamos quitado.

XII. PUERTO DE PUTAS —————

DAMODAR:

Al llegar a Cartagena de inmediato fuimos a la casa de Belem, la amiga de Rosemery. Nunca había visto un prostíbulo y no estaba tan mal. La niña y yo tuvimos nuestro primer trabajo aseando las habitaciones y encendiendo las cámaras de video. Belem había encontrado en el espionaje sexual un lucrativo negocio y una forma de defender a su gueto de posibles ataques. Rosemary también se prostituía de vez en cuando, sólo que ella prefería llamarle “aceitar la lora”. La niña por su parte no soportó ese ambiente mucho tiempo. Las mujeres se burlaban de sus rezos musulmanes y que quisiera cubrir su cuerpo estando a más de 35 grados centígrados en la costa. Una noche, se fugó. Y

así como su madre, aquella pequeñita siguió el patrón de la mayoría de los ilegales: ser un grano de arena, minúsculo, que se hunde hasta desaparecer en la indiferencia de aquel mar de contrasentidos.

ROSEMERY:

A este lo atiendo yo. Tú sabes, hay que aceitar la lora.

DAMODAR:

¿Quién es?

ROSEMERY:

Un diputado. Siempre los políticos dejan buenas propinas.

DAMODAR:

¿Te preparo la habitación?

ROSEMERY:

La suite, tigre.

DAMODAR:

Había un código que debía seguir. Era mi deber grabar a los jefes de policía, a los empresarios, a los sindicaleros, pero a los políticos no, porque ellos manejaban las reformas legislativas y podían afectarnos. Pero esa noche, la de Rosemary con el diputado, rompí las reglas.

XIII. CARONTAS

ROSEMARY:

El conocimiento es caro, especialmente para personas como yo, pero me recomiendan la vía más barata para encontrar lo que busco: internet. No tardo en encontrarla. Boyka Covacevich, fotógrafa de migrantes y exiliados. Apátrida. Una artista militante, la describen. Encuentro un artículo:

“Carontas, es un término referido y utilizado por Boyka Covacevich para referirse a las mujeres traficantes de vidas.

Las que venden las vidas al mar o a los desiertos.
El Caronte, esa figura mitológica que ayudaba a cruzar a las
almas vagabundas a través del río Aqueronte a cambio de una moneda.
Las carontas, para Boyka, son aquellos rostros turbios de la migración
clandestina alrededor del mundo. Mujeres trailers, balseras,
que a cambio de unas monedas, te ofrecen la entrada al primer mundo.
Carontas. Decidió titular de esta forma a su primer proyecto fotográfico,
mismo que le tomó más de 6 años culminarlo.
Más de cinco guerras distintas,
más de un centenar de golpes, millas y millas recorridas
en cuatro continentes distintos.”

Y desde entonces he tenido la fantasía de tenerte enfrente, Boyka.
¿Cuánto cuesta la vida? ¿Cuánto cuesta, Boyka Covacevich?

XIV. SUBSUELO

BOYKA:

Llegué a Nogales, en Arizona, por recomendación. Era el sitio en el que
seguro podría encontrar lo que estaba buscando fotografiar: carontas.
Descubrí que en este lugar las llamaban polleras y que al ser un trabajo de
hombres, no era fácil encontrarlas.

ANA:

Busco a La Mati.

LA MATI:

¿Pa' que la buscas?

ANA:

Quisiera poder hacerle una entrevista.

LA MATI:

Pinche güerita, se te bailó un tornillo. No te va a dejar.

ANA:

Es usted.

LA MATI:

No.

ANA:

Me dijeron que aquí la encontraba.

LA MATI:

Mira pinche gringa, no quiero problemas, o te vas o vas valiendo verga.

ANA:

Le puedo pagar el doble.

LA MATI:

Ahora sí nos estamos entendiendo, güera.

ANA:

Es pollera, ¿no?

LA MATI:

¿A quién hay que pasar?

ANA:

A mí.

LA MATI:

Ah, cabrón. ¿Mataste o robaste?

ANA:

No, sólo quiero pasar a México.

LA MATI:

Usa el puente.

ANA:

No tengo pasaporte, soy refugiada.

LA MATI:

Ah, 'tons no eres de la gringolandia. ¿De dónde eres?

ANA:

Yugoslavia.

LA MATI:

Cerca de Afganistán, ¿no? De donde son los terroristas.

¿Te están buscando?

Porque 'ora si que ese servicio que pides no te lo manejo.

Hay otros que sí lo hacen.

ANA:

Me interesa usted.

LA MATI:

Vámonos despacito que no le hago a la tortillada.

ANA:

No entiendo.

LA MATI:

Eres medio taruga. ¿Necesitas documentos?

ANA:

No, sólo pasar. Soy fotógrafa y quiero vivir esa experiencia.

LA MATI:

Hija de la chingada, estás bien pinche loquita.

Estando bien bonita y jugandole a la artisteada,
mejor hubieras sido modelo o de esas que salen en la tele.

ANA:

No sabe todo lo que he vivido.

LA MATI:

Eso seguro, pero sí sé que hasta de puta te iría bien.

No le busques por aquí.

ANA:

¿A usted le gustaría salir en la tele?

LA MATI:

‘Ora, pues cómo no, ahí con el guapote ese que hace los concursos.

ANA:

¿Nunca le han sacado fotos?

LA MATI:

¿A mí? Sólo para la credencial. Tengo ocho. Y en todas con pelo diferente.

¿Cómo ves?

ANA:

Por favor. ¿Puede ayudarme?

LA MATI:

Ayudarte no, reina chula. Esto te va a costar y te va a salir cariñoso.

ANA:

Le pago el doble.

LA MATI:

Yo lo hago por túnel. ¿Eres claustrofóbica? ¿Aguantas?

ANA:

No tengo problema.

LA MATI:

Es que todavía no sabes lo que es que la tierra te apriete, chula.

BOYKA:

Dos semanas después llegó el momento de cruzar. La Mati me citó en el estacionamiento de un centro comercial. Me dio a beber un suero y me encintó dos reservas más en bolsas al cuerpo. Ya me había advertido que podía quedarme en el túnel hasta dos días si es que las cosas se ponían difíciles. Contrario a lo que pensé, salir de Estados Unidos es igual de complicado que entrar. Muchos delincuentes usan esa ruta para escapar de la justicia. Una camioneta nos llevó a un barrio pobre. Dentro de una casa descendimos hasta un sótano donde había un hoyo. Ahí me presentó a El Vato y a otro hombre quien también cruzaría. Le tomé a La Mati una fotografía con el rostro cubierto a petición de ella, al lado del vórtice subterráneo. Me dijo que no le importaba que se viera el túnel, que en el periódico todo el tiempo salían publicados, pero su rostro no podía mostrarlo. En cambio, el Vato se enfureció y estuvo a punto de desistir, pero La Mati sacó una pistola, disparó al piso y le pagó el triple de lo acordado. Ahí supe que ella siempre guardaba un arma entre sus tetas. Saqué el negativo y le entregué la cámara. El trato que conseguí con ella sólo me dejaba sacarle una única foto y deshacerme de la cámara. El Vato me entregó una linterna y comenzamos el descenso al hoyo, mismo que se convirtió en un tunel donde apenas podíamos movernos a rastras. Al frente, el Vato nos guiaba, lo seguía el hombre y yo al final por considerarme la más débil. Quince horas nos tomó desplazarnos. En el camino hubo que orinarse encima y yo arrastré con el orín que ambos hombres dejaban. Las náuseas se volvieron insoportables. Al llegar al final, tuvimos que esperar cuatro horas más. Cuando recibimos una señal, el Vato salió. Unos dos minutos después salió el hombre. Yo, de última, salí y no encontré a nadie. Estaba en otro sótano, en otra casa abandonada, pero en Nogales, Sonora.

XV. CARONTAS II —————

ROSEMERY:

Compro una entrada para la exposición de la aclamada fotógrafa activista Boyka Covacevich que se realiza en el Museo Universitario de Arte Contemporáneo de la Ciudad de México. Miro curiosa a la gente que asiste al

evento. Personas pretenciosas de clase media que admiran con fascinación el dolor y la pobreza en las fotos.

Llama mi atención una mesera. Es asiática. Ella contrasta entre tantos mexicanos. Hye se llama, según leo en una etiqueta que lleva en el pecho. Pasea entre los hombres trajeados y cuida de no pisar los vestidos largos de las mujeres que los acompañan. En realidad, todos ellos ignoran las fotografías a su alrededor. Nadie toca los bocadillos, apenas y beben el espumoso vino de las lujosas copas. Hye se abre paso entre la multitud y queda admirada por una fotografía que acaparaba un paredón entero. Es la imagen de miles de cuerpos semidesnudos que se sumergen en el agua. Es el mismo Daemisha, me explicará Hye horas después. Es el monstruo de mil cabezas. Son cientos y cientos de personas arrojándose a las fauces del Río Yalu. Hye lo sabe porque está en su memoria. Mientras narra, revive ese dolor, tal como pasó al verse enfrentada a esa fotografía. La sazón salitre. La red de piernas entrecruzadas. Todo parece ayer. En su cabeza viaja tiempo atrás, kilómetros al Este, a su natal Norcorea. Revive los rostros desencajados. Los percibe ansiosos. Los ve aterrados corriendo del gobierno que los atormenta. Los ve respirando bajo el caudal con pequeños tallos de bambú, queriendo camuflarse e intentando ser lirios, ser peces, ser rocas, ser todo excepto humanos norcoreanos traidores del régimen intentando cruzar el río porque eso les costaría la vida. Y Hye llora al recordar a su madre y a sus siete hermanos, todos tomados de la mano en una cadena de esperanza intentando no romperse frente al río pues sabían que la debilidad de uno puede ser la muerte de los otros. Y Hye suelta una lágrima al pensar en Hee sook, su hermana pequeña, quien soltó la vida y se hundió, como pez muerto, como roca, como niña norcoreana traidora.

Hye frente a la fotografía es el dolor encarnado. De pronto, es interrumpida por su jefe, quien la aprieta del brazo y le ordena que sirva más vino.

Sí, las fotografías de Boyka Covacevich son famosas. Sus carontas han dado la vuelta al mundo. Desde Nueva York hasta Tokio, desde Teherán hasta Moscú. El arte es ese asqueroso virus de los adinerados. Fundaciones pagan millones para exponer las fotos de Boyka y la gente paga miles por ellas. Mientras personas como yo, como Hye, como Damodar, y tantos en esas fotografías, seguimos remando para llegar a una orilla.

XVI. VIDEO SEXUAL

DAMODAR:

Acepté estar con un hombre por el dinero que me ofrecía. Rosemery me dijo que era un famoso clavadista, que había ganado muchas medallas y que me pagaría bien la cogida. Desde que estuve con Ana en el centro de refugiados de Málaga, me había acostado con muchas mujeres, incluso con Rosemery, pero estar con un hombre había violentado mi hombría. Ese encuentro fue el detonante. No quise seguir en Cartagena y hundirme cada vez más. Necesitaba retomar mi viaje a los Estados Unidos.

Esa misma semana ya había conseguido el contacto de un reportero de una televisión local. Me cité con él en un puesto de arepas de la zona turística y le vendí el video sexual del político con Rosemery por una suma considerable. Sí, traicioné a Rosemery y traicioné al resto de la manada. No fui capaz siquiera de dar la cara. Sólo tomé el primer autobús que me llevara a la zona norte. El primer paso era cruzar la selva.

XVII. EL TAPÓN DE DARIEN

BRAYAN:

¡Rápido, toma esa hoja y cúbrete la cabeza!

DAMODAR:

¿De qué sirve una hoja? No importa si es una hoja gigante.
Ya estamos todos mojados.

BRAYAN:

Está lloviendo muy fuerte, pronto la lluvia tirará a las arañas de los árboles,
no quieres que te caiga una tarántula en la cabeza.
Esperaremos a que se calme la lluvia,
si seguimos así podemos caernos en algún lodazal.

DAMODAR:

¿Cuánto durará?

BRAYAN:

Estás en la selva, parce. Eso nunca se sabe.
Aprovecha y come un par de galletas. Y pon a llenar tu bote de agua.

DAMODAR:

¿Es seguro aquí?

BRAYAN:

Hay soldados en todo el lugar. Te lo dije, es el mismo infierno. Pero con la lluvia ni ellos se mueven, estamos seguros. Lo que sí es que cuando volvamos a caminar, hay que hacerlo bien rapido, no querrás acabar en el corregimiento de Metetí, dicen que te hacen limpiar el piso con la lengua.

DAMODAR:

Tú conoces el lugar, no hay forma de perdernos, ¿verdad?

BRAYAN:

A la selva nadie la conoce, parce. Siempre crece y siempre cambia.
Ya varios se han muerto aquí. Hay que encontrar el Chevrolet,
esa es la señal de que ya estamos por la mitad.

DAMODAR:

¿Un auto?

BRAYAN:

Un carcajo, de unos que se aventuraron a cruzar en auto.
Ahí quedó sólo el auto, a ellos dicen que se los comieron los jaguares.

DAMODAR:

No puedo morirme, tengo que llegar a Estados Unidos.

BRAYAN:

Como todos, mi hermano, como todos.

DAMODAR:

¿Cuántos logran cruzar?

BRAYAN:

Pocos. Pero no precisamente los más fuertes.

Hace un año vino una fotógrafa, quería fotografiar a mi esposa que para una exposición. Se hizo todo el recorrido por el Tapón solo para la foto.

Qué gonorrea. Pero sobrevivió.

Lo que sí es que muchos tardan años en llegar hasta México y cruzar a los Estados Unidos. Vete armando de paciencia.

DAMODAR:

Los relatos de Brayan y su familia hicieron más amena la tormenta. Y pensé en Ana y su cámara, en qué habría sido de ella, en si la vería algún día, en si recordaría que me pidió encontrarla en América. Brayan tomó un escarabajo negro del piso y le quitó las patas. Le succionó el cuerpo con sus labios. Se disculpó por no poder ofrecerme uno a mí. En la frontera natural más impenetrable, en el lugar más peligroso del mundo.

XVIII. HERMANAS DE SAL

MADRE DE ROSEMERY:

No debías volver.

ROSEMERY:

Mamá.

MADRE DE ROSEMERY:

No debías volver, Rosemery.

ROSEMERY:

No hubo opción, mamá.

MADRE DE ROSEMERY:

Siempre hay opción.

ROSEMERY:

¿Dónde está Lucia?

MADRE DE ROSEMERY:

En el puerto, como siempre.

ROSEMERY:

¿Sigue metida en eso?

MADRE DE ROSEMERY:

¿Y qué más puede hacer?

ROSEMERY:

Pobre gente, mamá. No puede seguir haciendo eso.

MADRE DE ROSEMERY:

Son haitianos, nacieron con mala suerte, ¿tenemos nosotras la culpa?

ROSEMERY:

Iré a verla.

MADRE DE ROSEMERY:

¿Por qué volviste?

ROSEMERY:

Porque los hombres son traicioneros, mamá.

No puedo volver a Colombia si no quiero acabar en un cementerio.

MADRE DE ROSEMERY:

¿Mataste a alguien?

ROSEMERY:

Hubiera querido pero no. Querían matarme a mí.

Después te explicaré. Te veo en la noche, ¿sí?

MADRE DE ROSEMERY:

No vayas.

ROSEMERY:

Sí, quiero ver a Lucía.

MADRE DE ROSEMERY:

Te mentí.

ROSEMERY:

¿Qué pasa, mamá?

MADRE DE ROSEMERY:

Tu hermana no está en el puerto, tu hermana está en la cárcel.

ROSEMERY:

¿Qué pasó?

MADRE DE ROSEMERY:

No sé bien qué pasó. La acusó el Gobierno y se la llevaron a la cárcel.

ROSEMERY:

Pero por qué no me había dicho nada. ¿Hace cuánto fue esto?

MADRE DE ROSEMERY:

Hace casi un año.

ROSEMERY:

¿Lleva un año ahí? Mamá, hay que sacarla.

MADRE DE ROSEMERY:

No me dan esperanzas.

ROSEMERY:

¿Pero de qué la acusan?

MADRE DE ROSEMERY:

De sobornos y varias cosas, por pasar a la gente en la ruta, Rosemery.

ROSEMERY:

Pero eso nunca fue ilegal.

MADRE DE ROSEMERY:

Sí, sí era ilegal pero nadie le daba importancia.

Hasta que salieron unas fotos en un periódico y tu hermana salía en ellas.
Fue una tonta, Rosemery, se aprovecharon de ella y por culpa de una foto la
metieron a la cárcel.

XIX. HAITÍ DERRUMBADO

LUCÍA:

¿Qué te trajo a Dominicana, Ana?

ANA:

Tú.

LUCÍA:

Naaa, yo no soy famosa.

ANA:

Pero te buscaba a ti, en serio.

LUCÍA:

¿Y la cámara?

ANA:

Para tomarte una foto. ¿Cada cuánto haces esto?

LUCÍA:

Todos los días, tres o cuatro veces.

ANA:

¿No te da miedo?

LUCÍA:

No, no es ilegal. Sólo les abren la puerta a los haitianos una vez al día, pero yo tengo mis contactos. Los vendedores que pueden comprar un lugar en mi auto pues aseguran poder entrar primero y así agarran los mejores lugares para vender. Sí venden más. Por eso siempre se me llena.

¿Hace cuánto que estás viajando?

ANA:

Hace un par de años. Empecé cuando casi tenía 17, ahora tengo 24.

LUCÍA:

Yo quisiera viajar así como tú. Me gusta tu vida.

ANA:

No tienes idea.

LUCÍA:

Me gustaría ser así, rubiecita, delgadita, y viajar por todas partes.

¿De qué país eres?

ANA:

De uno que ya no existe.

LUCÍA:

¿Apoco eso es posible?

ANA:

Sí, te lo arrebatan.

LUCÍA:

Bueno, a los haitianos les ha ido mal, el terremoto también les tiró todo. No es que tuvieran mucho, pero ya verás, es terrible del otro lado de la isla. Es como no tener país, ¿para qué va a querer uno un país en ruinas?

ANA:

La gente sufre mucho.

LUCÍA:

Sí. Nosotros también somos pobres, tal vez no tanto,
pero no hay mucha diferencia.

ANA:

¿Y vives de esto?

LUCÍA:

Solamente de esto. Un tiempo quise poner una floreria,
pero a nadie le interesan las flores, sólo a los muertos, ¿o no?

ANA:

¿Cuánto cobras?

LUCÍA:

Lo que ellos puedan pagarme, sí tengo un fijo, menos de eso no, pero
tampoco les puedo cobrar mucho, no tienen. A veces me pagan con
pescados, con naranjas. Pasa que hasta las frutas y los pescados prefieren
venirse de este lado de la isla, del lado de Haití no crece nada.
¿Y tú vives de tus fotos?

ANA:

No.

LUCÍA:

¿Entonces cómo haces para vivir?

ANA:

Digamos que fui afortunada.

LUCÍA:

Ya llegamos. Toda esa gente está esperando para cruzar.

Que no te de miedo. Los pobres no mordemos.

XX. LA BESTIA

DAMODAR:

Tardé casi 3 años en llegar a los Estados Unidos. Tuve que quedarme en Honduras y en Guatemala viviendo un tiempo. Trabajé varios meses para juntar dinero y así poder desplazarme, pero varias veces me robaron y me quitaron todo. México lo crucé en la Bestia. Ese lomo de metal que carga la vida y la muerte. Salí victorioso, no así otros que viajaban conmigo. Vi a uno caer del tren y vi a dos más ser arrojados por perder una pelea. Llegué a Ciudad Acuña, donde trabajé en una maquila y contacté a alguien que me ayudaría a cruzar el río. La noche que fui citado para cruzar, la persona nunca apareció. Se llevó así la mitad de lo que tenía. Me senté en una esquina y recordé aquel juego del zafiro de ~~mi madre~~ la mujer que cocina. De haberlo tenido, en ese momento me hubiera comprado una vida nueva, el descanso y un refresco de cola.

Estando ahí, alguien silbó detrás de mí. Una mujer regordeta me invitaba a entrar a su casa. Preferí ignorarla por temor a que me asaltaran y me dispuse a irme. Pero ella, con voz baja me dijo: te compro tus dientes.

XXI. ENCUENTRO CON EL TERCER NIÑO CIEGO

ANA:

Disculpe, señora. ¿El metro suele quedarse parado tanto tiempo?

SEÑORA:

Uy, sí. Y más en domingos, que hay futbol y los técnicos luego ni trabajan.
¿Tiene prisa?

ANA:

Un poco.

SEÑORA:

No se preocupe, esperemos que pronto lo echen a andar.
¿De dónde es usted?

ANA:

De... España.

SEÑORA:

Ah, de España, de la madre patria le dicen, ¿no?

ANA:

Sí.

SEÑORA:

Yo tuve unas compañeritas en la escuela que eran de España,
eran bien simpáticas. ¿Y qué hace aquí en México?

ANA:

Vine a una exposición mía. De hecho voy para allá.

SEÑORA:

Ah, mire. ¿En donde?

ANA:

En el MUAC.

SEÑORA:

Ah, no lo conozco.

ANA:

Debería ir.

SEÑORA:

No, esas cosas son muy caras y yo no las entiendo.
Aquí no estamos para lujos.

ANA:

Yo le regalo un boleto, señora.

SEÑORA:

Ay, mire, qué amable.

ANA:

¿No quiere ir?

SEÑORA:

Ahora, no, no. Tengo que planchar los uniformes para mañana.

Pero gracias. ¿Y de qué es su exposición?

ANA:

De mujeres, de inmigrantes, de las que ustedes les llaman polleras.

Les tomo fotos.

SEÑORA:

¿A poco se dejan sacar fotos? Son criminales, ¿no?

ANA:

No realmente. Pero sí, eso piensan todos.

En todos los países a los que he llevado la exposición me dicen lo mismo.

SEÑORA:

¿Se ha presentado en varios lugares?

ANA:

Sí. El mes pasado la exposición estuvo en Miami,
y hace un mes en Coppenhague.

SEÑORA:

Entonces usted ha viajado mucho.

ANA:

Algo así. Bueno, a Miami no fui porque no me dejan entrar a EU,
digamos que me he brincado algunas fronteras.

SEÑORA:

Ay, ya regresó la luz. Mire, tiene suerte, ya ahorita avanza el metro.

ANA:

Qué bien.

SEÑORA:

Quédese aquí en el vagón de mujeres y váyase con mucho cuidado,
usted que no es de aquí. Yo me bajo en la siguiente estación.

ANA:

Gracias por la recomendación.

SEÑORA:

Sí, no vaya a ser la de malas y me la roben. Aquí me bajo.
Un gusto, que le vaya bien.

ANA:

Igualmente.

BOYKA:

La mujer desciende y un niño con una caja de zapatos sube al metro. Se tambalea y logra sostenerse al arrancar el metro. No me ofrece nada como el resto de los vendedores que me abordaron en mi trayecto a la exposición. Él sólo se queda frente a mí. Sus ojos son casi transparentes, ese color que te dice que su ceguera no es natural y que sus ojos le fueron calcinados por las sustancias.

NIÑO ZAPATERO:

Habrá fuego
y el fuego limpiará tus cicatrices enquistadas
y habrá mar salado
mar de retorno

BOYKA:

Un escalofrío me recorrió. Hasta ahora las dos profecías de los niños se habían cumplido. El primero me anunció que sería los ojos de todos y así había sido. Mis fotografías habían recorrido el mundo y habían mostrado una cara de la migración no antes vista. Y el segundo me anunció ser esclava de los puntos cardinales y también se había cumplido, Había viajado y padecido cada una de esas fronteras. Pero el fuego, ese era un fatal anuncio.

XXII. EL COSTO DEL FUTURO

DAMODAR:

Sólo fui capaz de vender tres dientes, pero fue suficiente para juntar un poco más de dinero y pagar a otra persona para que me cruzara. Ese negocio de compra y venta de dentaduras es más común de lo que parece. Sirven para sembrar pistas falsas a la policía o, en el peor de los casos, para inculpar a alguien. Como fuera, yo no tenía mucho que perder. Al final logré cruzar el río y llegar a San Antonio y después a Miami, donde empecé a trabajar en una carpintería.

Un día nos fueron encargados muchos cuadros y aparadores para una exposición fotográfica. Fui enviado a la galería a medir los espacios y las fotografías. Comencé a tomar lista minuciosamente. No había rastro de quién era el fotógrafo de aquellas imágenes, pero un golpe en el cuerpo me provocó revisar cada fotografía con detenimiento. Todas la fotografías eran de mujeres, en varias partes del mundo, excepto una imagen, la imagen de un zafiro.

XXIII. MUJERES MALDITAS

BOYKA:

Años después, años de trabajo y exposiciones, y finalmente cerraré este ciclo. Escribo una última dedicatoria para todas aquellas mujeres que retraté. Será la última vez que Carontas sea exhibida.

“Los pies sangraron a la par del corazón y al rebobine de la cámara.

Reman las mujeres a través de los siete mares,
andan a través de las tormentas de arena,
y las monedas consumen sus anhelos,
son oasis en la devastación del tercer mundo.

Mujer maldita te llaman,
que llevas la fe de muchos en tus bolsillos,
el peso de la codicia hunde tu marcha,
pero no dejas hambrientos a los hijos en la guarida.

En el ciclo inminente de tu tragedia cobarde,
que azota de la misma forma que tú no das la cara,
tuerces la mandíbula en lamentaciones,
levantas tu cinismo y lo haces caminar sobre las olas,
sobre los cadáveres.

Barca de huesos.
barca de niños huérfanos,
respondes en el silencio con lágrimas,
porque sí hay arrepentimiento,
pero no te dobla,
pero no te detiene.

La batalla es con el destino,
y el destino nos puso en tierras de seco porvenir y secos anhelos,
remen mujeres malditas,
porque suya no es la culpa y suyo sí es el mundo.
Son esperanza y son muerte.”

XXIV. EL FUEGO

ROSEMERY:

Es curioso que inviertan en una exposición para ver migrantes pero el dinero no lo destinen a ellos. Según datos de internet, esta exposición costó poco más de 1 millón de pesos mexicanos. El arte que sangra más a su pueblo para verse bella, para vestirse de gala.

Sigo mirando la exposición. Las descripciones. Según Boyka Covacevich, estas imágenes son nuestras historias. No tiene la más mínima idea.

“Esta es mi historia y la historia de varios mundos, de varios pueblos.

Mis fotografías han dado vuelta como aves migratorias,
retratando y viendo desaparecer los fuegos fatuos de las familias.

La muerte ha posado para mi lente, ha sido caprichosa,
ha sido elegante, también ha sido mordaz.

SYRIA

COREA DEL NORTE

SUDÁN DEL SUR

GUATEMALA

MÉXICO

HAITÍ

COLOMBIA

NEPAL

SERBIA

UCRANIA

Y ojalá mis ojos no fueran dolor, que mis lágrimas no estuvieran enfermas.
Pero tenía una misión. Y he cumplido.”

ROSEMERY:

Son palabras vacías. Palabras arrogantes. Hay tanta prepotencia en Boyka Covacevich, tanta obscenidad en sus imágenes. No sólo Boyka Covacevich había fotografiado mujeres, sino a muchas las había exhibido y les había robado la vida, como a mi hermana, quien cumplía una condena en prisión por su culpa, por haber sido expuesta. Todo era culpa de Boyka.

Salí de la exposición y esperé afuera. Esperé a Hye para abrazarla con el idioma universal que sólo los desplazados entienden y la vi irse cansada a casa.

Cuandi vi salir a la última persona, rompí una ventana de salón de comidas e ingresé a la galería. Y todo ardió, ardió su arte lleno de falsa empatía. Prendí fuego hasta la última fotografía, esa que era diferente a todas porque no era una mujer sino una piedra azul y en su descripción se leía.

“León negro
Que me dio aire para respirar debajo del mar”

XXV. EL MAR —————

BOYKA:

El director del museo se me acerca y me agradece. La exposición ha sido un éxito. Aprovecha para darme una carta que ha llegado al instituto. La carta está dirigida a mí. La abro, viene firmada por el presidente  Comisión de Refugiados de la Organización de las Naciones Unidas. Me anuncia que han encontrado a Laszlo y que él me buscaba. En dos días enviarán a un comisionado para acompañarme a Suiza a reunirme con él.

La felicidad me inunda. Le agradezco al director del instituto y le ruego que me deje pasar la noche en la galería. Tengo otro texto que escribir:

“El mar tiene rabia
Al mar le duelen las entrañas
Las bestias marinas se rinden a la melancolía
Los migrantes caminan sobre las aguas
La naturaleza les abre paso
Se conmueve ante los pies duros y los labios partidos
Los niños respiran poco
Los adultos guardan su fuerza
Y creen ver a lo lejos la tierra
Pero los mares los harán descansar
El kraken los abrazará y los llevará al centro
Donde no habrá más aire, ni dolor, ni vida mala

El desierto huye aterrado de las masas
El trote de los exiliados colma de lamentos las tormentas
En la sabana, en los bosques que quedan secos a su paso
Ellos se mueven como las aves que migran
Como las almas que deambulan en busca del descanso eterno
Como las conchas de mar que son arrojadas, y vuelven, y son arrojadas
y vuelven... sin fin

A través de la fotografía he hecho de esta guerra mi guerra, de esta gente,
mi gente
A través de una imagen he capturado al mundo en cientos de celuloideos que
yacen avergonzados en una esquina de alguna galería
Muestro a los visitantes altaneros la verdad
Y las olas los salpican a través de las fotografías
Y se escucha un niño que dice:
Ten piedad de mi rostro y llora por mí porque a mí,
que a mis huesos no les queda una gota de vida.

No camines viajero
Galopa
Galopa hacia la luna
Enseña a tus músculos contraídos a ser ligeros
A volar

No temas mujer migrante
El fuego jamás hará ceniza tu cuerpo marino

El movimiento convoca
Y así
La luna no será una mentira.
Y así
La sinergia nos hará chocar.
Nos enfrentará
Nos abrazará”

XXVI. LA ORILLA

DAMODAR:

Aquella fotografía del zafiro me llevó de vuelta a Ana. Cumplí la promesa. Llegué. Pero ella ya se había ido. Sé que se ha convertido en una fotógrafa famosa. Sé que el arte le ha devuelto su verdadero nombre. Yo he decidido perdonar. Dejarla ir. Si el zafiro existió, no importa más. Eso fue, un zafiro. Una piedra que fue más grande que el mismo mar y logró distanciarnos. Me siento en la arena americana y miro de frente el mar, y por fin, decido llamarte ~~la mujer que cocina~~ MI MADRE.

A lo lejos un hombre que se acerca nadando a mar abierto. Ese hombre es como muchos y como pocos. Ese hombre es un paradigma en esta vida. Desde algún lugar, atravesó el infierno, y venció. Yo brinco al mar y nado hacia él, le ayudo. Ahora soy yo esa balsa que le ayuda a llegar a la orilla.

FIN